

# La mujer como mito: el poder del discurso

Ornella Lorca<sup>6</sup>

*“La representación es una proliferación de falsos espejos que crean el efecto y la ilusión*

*de parecerse a aquello que vemos y conocemos en la realidad cotidiana”*

*(Lucía Guerra, 1994)*

Sin duda, decir “mujer” en nuestra cultura de herencia occidental tiene un carácter polisémico, sin embargo, el concepto nos incita a reflexionar sobre identidad de género, estereotipos culturales, es decir, sobre el discurso o mito que se ha construido sobre éste. El planteamiento para concebir “la mujer” como mito se sustenta en el aparato discursivo-cultural que ha construido una imagen de ésta en base a una mirada patriarcal. A través de la filosofía, lo literario y lo médico (como el psicoanálisis) se ha construido un entramado textual que ha reforzado el mito de la mujer como un otro, sin voz propia y por consiguiente metamorfoseada.

---

<sup>6</sup> Ornella Lorca, es Profesora de Educación Media en Lenguaje y Comunicación, profesión que desempeña de manera simultánea con la investigación y la creación literaria. Actualmente es tesista del programa de Magíster de Literatura Hispanoamericana Contemporánea de la Universidad Austral, en el cual ha orientado su investigación hacia la escritura femenina y las problemáticas de género. [ornella.lorca@gmail.com](mailto:ornella.lorca@gmail.com)

Han sido muchas las intelectuales, escritoras, artistas y mujeres finalmente las que han buscado auto-representarse y cuestionar la figura inocente, amorosa, virginal, delicada y maternal que se ha construido de la mujer, como así también de su versión rebelde, catalogada como monstruosa y deforme. El camino que la mujer ha recorrido para esto ha tropezado con el discurso cultural de lo que ella “supuestamente es” o “debería ser”, enfrentándose a estructuras mentales y comportamientos arraigados en el seno de la sociedad.

Actualmente, se puede pensar que su presencia y participación en la sociedad está resuelta, por las libertades formales adquiridas como el derecho a voto, derecho a la educación, acceso a la gama profesional, incluida la política, sin embargo, la brecha persiste y peor aún revela una auto-exclusión, resultado de una imagen disminuida de sí misma o una carente expectativa social que ha asimilado. Es por ello, que es legítimo preguntarse ¿Cómo se visualiza la mujer a sí misma? ¿Qué se espera de ella? Y ¿cómo es concebida en su círculo más directo, la familia?

Los roles que las mujeres asumen se sustentan en un discurso cotidiano, en prácticas tan internalizadas que se vuelven incuestionables. Sin dejar de olvidar, que el “rasgo esencial de la estructural patriarcal en la sociedad es la diferencia entre dos sexos como paradigma básico en la organización e interpretación del

mundo” (Guerra, 1995, p. 22). Desde esa perspectiva, el binarismo con que concebimos la sociedad, nos ha llevado a asumir moldes que se resisten a desaparecer y que complejizan la construcción de la identidad femenina, por lo que es legítimo plantearse la trascendencia de la lucha feminista en la conciencia de las propias mujeres y las estructuras de pensamiento que ellas sustentan.

Admitir a “la mujer” como mito es lidiar con el problema de la representación, es decir, volverse un agente activo del engranaje discursivo cultural y subvertir las imágenes y estereotipos construidos. Como Pierre Bourdieu plantea en sus estudios sobre el poder y las distintas formas de dominación, éste parte por la palabra y las prácticas rituales, el lenguaje además de instrumento de comunicación es instrumento de poder, “el mundo es mi representación” (Bourdieu, 1999, p. 66). Desde esta perspectiva, no es exagerado pensar que la mujer, no ha existido en periodos extensos de nuestra historia (al menos no, como una figura trascendente) y mucho menos ha gozado de gloria. Actividades como escribir, leer y pensar han sido siempre ajenas a las prioridades que una mujer debería tener y por consiguiente propias de la figura masculina. Con el trascurso de la historia la mujer fue objeto poetizado, musa, demonio, embaucadora, un continente negro (como Freud la llamó), relegada al silencio y/o la discreción, siendo:

La principal criatura que el hombre ha generado es la mujer, posee una historia larga y compleja. Después de todo a partir de Eva, Minerva, Sofía y Galatea, la mitología patriarcal define a la mujer como creada por, desde y para el hombre, las hijas de los cerebros, costillas e ingenio masculinos (Gilbert y Gubar, 1998, p. 27).

De este modo, la mujer es el resultado de la expectativa y ficción masculina, moldeada según sus propias necesidades y miedos. La mujer ha sido propiedad y personaje, una construcción imaginaria sometida a la pluma masculina y la moral de una cultura patriarcal. Todo lo anterior, ha mantenido a la mujer atrapada en un relato que discrepa bastante de lo que realmente es o quiere ser, restringiendo sus propios intereses a lo que otros esperan de ella, para ser fiel al discurso autorizado y no transformarse en monstruo, arpía o cualquier otra versión horrenda de lo femenino. En este escenario, el intento de significarse en la mujer surge desde el espacio de lo privado, desde el ambiente doméstico, desde lo oculto. Sabiendo que su figura socio-simbólica es carente de poder y por sobre todo (casi) inexistente de modelos legítimos a los cuales admirar o seguir. Si lo llevamos al ámbito literario exclusivamente, la escritura de la mujer surge a contra corriente de su contexto social, cultural y político, considerando este hecho como un atrevimiento. Como el mismo Harold Bloom

(1991) ha postulado, la historia de la literatura surge de la “Angustia de la influencia”, en una relación que se asemeja a la de padre e hijo, por lo que podemos sobreentender que es una actividad preferentemente masculina.

En consecuencia de lo anterior, cuando se habla de literatura se asume que es masculina lo que generará en la escritora “una ansiedad hacia la autoría” la cual se entiende como: “un miedo radical a no poder crear, a que nunca pueda convertirse en una “precursora”, el acto de escribir la aisle o la destruya”. (Gilbert y Gubar. 1998, p. 63). Esta escritora sabe, como expresan las autoras, que es “hija de demasiado pocas madres” lo cual generará en ella una desconfianza que se proyecta sobre su estilo y estructura “de gran parte de la literatura escrita por mujeres (...) sobre todo antes del siglo XX” (p. 65).

La mujer escritora, sabe que debe lidiar con el predominio de imágenes creadas por hombres, por lo que su entrada o apariciones más exitosas (desde el punto de vista, de no ser rechazadas por el medio) han sido cuando ha ajustado su pluma con lo viril con destellos sutiles de feminidad. En caso contrario, debieron enfrentar constantes críticas que reducían sus escritos a meros registros vivenciales emanados de su estado ocioso y sentimental. Sobre esto, Ana Traverso (2013) ha analizado la producción crítica sobre la escritura literaria de mujeres durante la primera mitad del siglo XX en Chile, develando

estrategias que han excluido a la figura de “mujer-escritora” de los espacios artísticos-intelectuales como, por ejemplo, la denominada “infantilización de la escritura” consistente en la construcción de una figura frágil, arrebatada, encantadora, ingenua, en definitiva una niña-artista. Junto con esto “(...) encontramos una constante “reducción autobiográfica” que consistió en interpretar los versos y la prosa de este “yo-mujer” o, más bien, “yo-niña”, como una expresión literal de sus experiencias de vida” (Traverso, 2013, p. 78). Expresa categóricamente Ana Traverso: “De esta manera, las poetas mujeres como alguna fruta de exportación pasaron, para los críticos, de verde a podrido sin haber madurado entremedio” (2013, p. 80).

La profunda necesidad de un discurso propio de la mujer desembocó en el develamiento de los secretos del hogar y el espacio privado, provocando una transgresión social y representando la experiencia particular femenina con temáticas como: la sexualidad, la maternidad, el matrimonio y su propia corporalidad, casi inexistente en el discurso hegemónico. De esta manera, podemos hablar que existe una subcultura de la mujer amparada en discursos que ha ido tejiendo a contracorriente de los oficiales, aún dominado por hombres. Junto con considerar todo lo anterior relevante, mi mayor preocupación se enfoca en la construcción íntima de lo que ser mujer significa, desde espacios privados como el familiar, hasta sociales como el colegio y

nuestro medio circundante. Desde que somos niños, aprendemos a través de la imitación, buscando modelos y referentes a los cuales seguir, sin embargo es válido preguntarse ¿Qué provoca en una mujer la conciencia de pertenecer a un género devaluado?, o expresado de forma más categórica ¿Cómo ser mujer en un mundo masculino?

La mujer crece tratando de cumplir expectativas, asumiendo muchas veces un rol secundario en la cultura, ajustándose a una feminidad que le permitirá alcanzar la realización gracias al matrimonio y la maternidad, para lo cual se le prepara desde la niñez teniendo que cumplir estándares de belleza que la validarán frente a otras y la rotularán como “objeto de deseo”. Evidentemente, el rechazo hacia este estereotipo patriarcal es concebido como una extravagancia y catalogada como una loca y/o histérica (concepto autorizado para aludir a rasgos propiamente femeninos).

El psicoanálisis, el feminismo y los estudios de género han cuestionado muchas de las prácticas y discursos que se han construido sobre la mujer a lo largo de la historia, sin embargo, muchas veces también son considerados como un pensamiento anárquico y/o subversivo que rechaza la figura masculina y pretende una reivindicación violenta de la mujer para acceder al poder. Considero que como todos los movimientos sociales e intelectuales son también políticos, por lo que generan distintas

visiones y posturas en algunos casos más transgresoras, pero que no se puede dejar de obviar el aporte que éstos han otorgado a la situación de la mujer en la sociedad, en este caso evidentemente occidental, pero que aún es inimaginable en culturas tan ortodoxas como la musulmana, por nombrar un caso.

Mi preocupación surge desde la interrogante ¿Cómo este entramado discursivo ha influido en la imagen que la mujer tiene de sí misma? ¿Sobre qué cimientos se construye como ente social, cultural y político? Mi interés es provocar el cuestionamiento de las prácticas naturalizadas con que las mujeres crecen y se desarrollan en su medio. La formación de su personalidad individual da cuenta de una identidad problemática y en permanente construcción que será determinante para una sociedad más equitativa y ecuánime. Como señala Dio Bleichmar:

¿Cómo se las arreglan las adolescentes de nuestra cultura en transición para compatibilizar las metas femeninas de apego, dependencia y conciliación con los ideales de funcionamiento masculino, separación-individuación y autonomía que se les presentan como más exitosos, pero ajenos? (...) La mujer pareciera no sentirse con derecho a tener éxito, a diferencia del hombre, que al haber edificado su identidad, sin medirse con nadie más que él mismo (en el sentido genérico),

asume el derecho a sentirse bien con su éxito en cualquier área, ya que éste no pone en peligro su masculinidad (Dio Bleichmar, 1985, p. 109-110).

Siguiendo la lógica de la cita anterior, la situación de la mujer no solo tiene sus raíces en la subordinación social sino en sus preocupaciones morales. El cuidado que debe brindar a otros la induce a escuchar juicios ajenos y a posicionarlos por sobre los propios, provocando confusión y aparente debilidad. En el contexto interpersonal, la mujer es juzgada por sus capacidades para el cuidado de otros, rol preponderante para el mundo masculino, como ayudante, nutriente y en el mejor de los casos compañera; papel que como bien sabemos no posee el reconocimiento ni la valoración pública. En contraste, la mujer que no brinda a otros estas aptitudes amorosas innatas es concebida como vacía, solitaria y su existencia sin sentido.

Son muchos los estímulos culturales que vagan sobre el cómo debería ser una mujer, estereotipos asumidos y naturalizados muchas veces por las propias mujeres y re-transmitidos a otras. Es por ello la relevancia de que seamos nosotras mismas quienes problematicemos nuestro rol como sujetos sociales. Sobre esto Bourdieu ha detectado estructuras mentales (colonizador/colonizado- urbano/ rural-hombre-mujer) o formas de pensamiento que contribuyen a perpetuar las desigualdades y que denominó "violencia simbólica", referida a la sumisión autorizada del propio dominado,

provocando la adhesión a una imagen desvalorizada de sí mismos. Con esto, no debe entenderse que la situación de la mujer la ha provocado ella misma, sino más bien de visibilizar estructuras y de tomar conciencia del problema desde adentro. En este sentido, el aporte de la "mujer escritora" e intelectual es primordial para fundar discursos que hablen desde la esencia y la experiencia femenina real como un "ser" autónomo y libre.

Si algo es incuestionable, es que la subordinación de la mujer no es natural, sino cultural, es por ello que se hace necesario reescribir los discursos y mitos que el patriarcado creó sobre el signo mujer, en tanto

...ella es, sólo en la medida en que ha sido dicha; dicotomía identitaria que la cercena y la divide a partir de una mutilación inicial: aquella que hizo de ella solamente un útero, en su rol primario de madre, un útero que, en la imaginación masculina, se convirtió también en matriz de signo. (Guerra, 1995, p. 154-155).

El apego, la dependencia, la debilidad, la pasividad, la falta de autonomía y la visión de la mujer como un ser incompleto son algunos de los mitos que la subcultura de la mujer ha puesto en la palestra para modificar su situación, que debe por sobre todo cambiar desde lo cotidiano, desde el hogar; resignificando el espacio doméstico y desestabilizando las condiciones de la dominación masculina. Por último, como bien

lo plantea Sonia Montecino, al decir que: "Romper con la "naturalización" de las posiciones de hombres y mujeres pasa por entender que la cultura ha elaborado pacientemente un lenguaje que, si sabemos descifrarlo, nos permite el cambio" (2004, p.32).

### Referencias

- Bloom, H. (1991). *La angustia de las influencias* (2ª ed.). [Trad. Rivera, Francisco]. Caracas, Venezuela: Monte Ávila Editores.
- Bourdieu, P. (1999). *¿Qué significa hablar?* Madrid, España: Akal.
- Bourdieu, P. (2000). *La dominación masculina*. Barcelona, España: Editorial Anagrama.
- Dio Bleichmar, E. (1985). *El feminismo espontáneo de la histeria. Estudio de los trastornos narcisistas de la feminidad*. Madrid, España: Siglo XXI editores.
- Gilbert, S. y Gubar, S. (1998). *La loca del desván. La escritora y la imaginación literaria del siglo XIX*. España: Editorial Cátedra.
- Guerra, L. (1995). *La mujer fragmentada: Historias de un signo*. Conversaciones entre: Diamela Eltit/ Raquel Olea/ Carlos Pérez. Santiago: Editorial cuarto.
- Guerra, L. (1994). La problemática de la representación en la escritura de la mujer. *Debate feminista*. 183-192 Disponible en: [http://www.debatefeminista.cieg.unam.mx/wp-content/uploads/2016/03/articulos/009\\_16.pdf](http://www.debatefeminista.cieg.unam.mx/wp-content/uploads/2016/03/articulos/009_16.pdf).
- Montecino, S. (2004) Hacia una antropología del género en Chile. En: Montecino, S., Castro, R., De la Parra, M. (comps.) *Mujeres : espejos y fragmentos : antropología del género y salud en el Chile del siglo XXI*. (pp.21-34). Santiago de Chile: Catalonia.
- Traverso, A. (2013) Ser mujer y escribir en Chile: canon, crítica y concepciones de género. *Revista Anales de Literatura Chilena*. 14. 20, 67-90.